

“LA GUERRA FRIA EN IRAN”

— I —

En 1941 la situación del Próximo Oriente constituía una amenaza para Gran Bretaña, como pusieron de relieve los acontecimientos de Irak y Siria. La estratégica situación de esta zona, junto con sus recursos petrolíferos, decidieron la intervención armada británica que puso fin al régimen nacionalista iraquí (1) y a la presencia de la Francia de Vichy en la zona de Levante (Siria y Líbano).

Sin embargo, la invasión de la URSS por la Alemania nazi en septiembre de 1941, dio lugar a que el temor por la estabilidad del área volviese a un primer plano a causa de Irán.

Este país había mostrado una actitud proalemana desde antes de la guerra con la intención de deshacerse de las presiones británicas y rusas, lo que le convirtió en el centro de la propaganda nazi en Oriente Medio, así como en el refugio de todos los elementos árabes nacionalistas enfrentados con Gran Bretaña, como el Mufti de Jerusalén o Rachid Ali el Galieni. Estas circunstancias, junto con la política nacionalista de Reza Khan y la riqueza petrolífera del país, aconsejaron la intervención de los nuevos aliados. Así, soviéticos y británicos decidieron ocupar Irán y asegurar, de esta forma, el control de los yacimientos, al tiempo que crear una plataforma de abastecimiento para la URSS.

Tras una breve resistencia, el Sha se rindió, viéndose obligado a abdicar en su hijo Mohamed Reza y abandonar el país exiliado rumbo a Sudáfrica. Aunque la acción conjunta de soviéticos e ingleses excitó aun más el nacionalismo iraní; sin embargo, este malestar no se concretó en ninguna acción que amenazase la presencia de ambas potencias.

El país se lo repartieron Gran Bretaña y la Unión Soviética en dos zonas de ocupación, situadas al sur y norte respectivamente, dejando un área central de teórica soberanía iraní, al tiempo que en Teherán permanecían tropas de ambas potencias a las que, en 1942, se unirían contingentes americanos tras la entrada de Estados Unidos en la guerra. De esta manera quedaban asegurados el petróleo persa, que suponía más de la mitad del extraído en Oriente Medio, y los suministros de material a la URSS durante la guerra.

El reparto efectuado en 1941 entre la URSS y Gran Bretaña tenía sus raíces en el pasado. La antigua Persia había sido una zona de fricción entre los imperios británico y ruso, así como una vía tradicional de expansión de Moscú en el siglo XIX. En 1907, mediante el Tratado de Petersburgo, ambos países pusieron fin a su rivalidad en Oriente creando un espacio que garantizaba un dominio ruso y otro inglés, y evitase futuros choques.

La repartición de Irán dio lugar a la aparición de dos zonas de influencia, una británica en el Sur y otra rusa en el Norte, coincidente ésta con el Azerbaidjan persa.

Al poco tiempo de este acuerdo, el descubrimiento de petróleo en la zona reconocida de influencia británica así como la Revolución Rusa, iban a alterar la situación en Persia. La creación de una compañía petrolífera, la Anglo Persian Oil Co., posteriormente Anglo Iranian, iba a asegurar a Gran Bretaña el dominio de los ricos yacimientos en colaboración con el gobierno de Teherán, incapaz de resistir las presiones británicas para obtener las concesiones necesarias para su explotación. Con ocasión de la Revolución de 1917, los bolcheviques denunciaron los tratados anteriores como ejemplos de la deleznable diplomacia secreta practicada por los zares, mientras que el territorio persa era utilizado por Inglaterra para ayudar a los blancos frente a los soviéticos durante la guerra civil.

En los primeros años de la Revolución, el Gobierno de Moscú perseguía controlar tanto estos territorios como obtener recursos petrolíferos, vitales para su industrialización. Sin embargo, tras el fracaso en 1920 de un gobierno revolucionario en la zona del Caspio, el régimen soviético buscó la normalización en las relaciones con los países del área, incluida Persia, al tiempo que protegerse del imperialismo británico.

Este era el sentido del tratado firmado en 1921 con Persia, por el que la URSS renunciaba a sus pretensiones a cambio de la neutralidad de este país.

Durante el período de entreguerras, Oriente Medio aparecía dominado por Gran Bretaña, quien conservaba la influencia y los resortes políticos y económicos adecuados para mantener las concesiones petrolíferas de que disfrutaba la Anglo Iranian Oil Co así como el control de la zona, a pesar del nuevo régimen creado por el antiguo jefe cosaco Reza Khan, ferviente nacionalista antibritánico. La política exterior soviética en este período no concedía excesiva importancia a Oriente Medio, por lo que, tras normalizar sus relaciones con los países del área y fracasar, después del Congreso de los Pueblos de Bakú en 1920, en sus intentos de fomentar en ellos movimientos revolucionarios, la URSS se apartó de estos países. A esta retirada contribuyeron las malas relaciones entre los musulmanes y el marxismo-leninismo, ya que ambos se veían respectivamente como una ideología atea e impía o como una religión reaccionaria, instrumento de los terratenientes. El Islam nunca fue objeto de discusión en la URSS, entre otras causas por el temor a alentar peligrosas posturas para la integridad del estado soviético. Los intentos del teórico marxista-leninista y líder de los musulmanes de Asia Central, Sultan Galiev, por conciliar Islam y bolchevismo y dotar a los movimientos nacionales de estos países de un contenido revolucionario fracasaron, costándole la vida al autor (2).

Desde finales de los años treinta, Stalin, con el objeto de garantizar la seguridad del estado soviético, una finalidad auténticamente obsesiva de su política exterior, se planteó la posibilidad de crear un cinturón que permitiese interponer una zona neutral entre la URSS y sus posibles enemigos. Esto dio lugar a la aparición de una política de carácter expansionista que afectó, entre otros lugares, a Oriente Próximo, como pusieron de manifiesto las conversaciones secretas mantenidas en 1939 entre Molotov y Von Ribbentrop, preparatorias de la firma del tratado Germano-Soviético. En ellas, la URSS declaró explícitamente sus aspiraciones territoriales al sur del territorio nacional, en dirección al Golfo Pérsico, así como su interés por bases navales en el Bósforo y los Dardanelos. En 1945, Stalin mantendrá las mismas exigencias ante sus aliados occidentales, animadas tanto por los deseos de invulnerabilidad, más intensos tras la invasión de 1941, como por necesidades petrolíferas impuestas por la reconstrucción del país después de la guerra.

Tras la repartición del territorio iraní en zonas de influencia entre la URSS y Gran Bretaña, estas potencias firmaron en 1942 un tratado con el Gobierno de Teherán, por el que se comprometían a retirarse del país dentro de un plazo no superior a los seis meses tras la

finalización de la guerra. En 1943 la Conferencia de Teherán, celebrada prácticamente sin consultar al gobierno iraní, ratificará la decisión aliada. Esta postura suponía la desaparición de la URSS del territorio persa, mientras que Gran Bretaña continuaba presente por medio de la Anglo Iranian Oil Co., quedando garantizados sus intereses petrolíferos y la estabilidad de uno de los eslabones que formaban el "camino imperial" en dirección a la India.

Sin embargo, durante los años de la guerra, se produjeron una serie de acontecimientos que permitían adivinar en la URSS la intención de instalarse definitivamente en el Azerbaidjan y Kurdistan, las provincias del norte ocupadas por el Ejército Rojo. Se confirmaba la importancia que Stalin concedía a la zona norte de Irán para la seguridad del estado soviético y al petróleo del país para la industrialización y el esfuerzo de guerra. Según Hugh Thomas, la URSS incluso llegó a desmantelar las aduanas con el Azerbaidjan persa, estableciendo puestos militares en el sur de la provincia (3). Al mismo tiempo, las autoridades soviéticas prestaron desde 1942 un claro apoyo al Tudeh, el partido comunista iraní, de Azerbaidjan, el cual se apresuró a agrupar a todos los elementos hostiles a Teherán y a estimular los movimientos separatistas. Mientras tanto, la zona de ocupación soviética permanecía firmemente controlada por el Ejército Rojo, actuando los jefes militares como gobernadores con plenos poderes por encima de las autoridades iraníes, a las cuales incluso se les impidió la libertad de movimientos.

En el Kurdistan, la URSS apareció como protectora del pueblo kurdo, manteniendo estrechas relaciones con los jefes y las distintas personalidades de las tribus, quienes fueron invitados en 1942 a una visita a Bakú. En 1944, Daniil Komissarov, antiguo agregado de prensa en la embajada rusa en Teherán, fue nombrado cónsul en Rezayeh, lo que permitió estrechar los lazos con los líderes kurdos, especialmente con Qadi Muhammad, quien había de jugar un importante papel en los ulteriores acontecimientos, así como crear una Asociación de Amistad Kurdo-Soviética (4), que sirvió para acercar a la clase dirigente y a los intelectuales de la región a la URSS. Los kurdos estaban más próximos a la URSS que a Occidente, a quien reprochaban no haber permitido la creación de un Estado, a pesar de las promesas hechas tras la desaparición del Imperio Otomano al finalizar la Primera Guerra Mundial. Esta frustración, que hoy día continúa, sin duda ha jugado un importante papel en la postura mantenida desde entonces por el pueblo kurdo hacia la URSS, caracterizada por unos estrechos lazos.

En septiembre de 1944 se firmó un acuerdo entre la Anglo Iranian Oil Co. y la compañía americana Standard Oil para la explotación de nuevas zonas petrolíferas. Este hecho suponía aumentar la penetración americana en los yacimientos de la zona, tan importantes en Arabia que Roosevelt escribió en 1943 a Stettinius, Secretario de Estado, que la defensa de este país era vital para los intereses de Estados Unidos (5). Al mismo tiempo, se desató lo que Hugh Thomas ha denominado "crisis de las concesiones" a raíz de una reclamación soviética tras el acuerdo entre las compañías occidentales, solicitando la creación de una sociedad petrolífera irano-soviética. Gran Bretaña reaccionó con firmeza consiguiendo por medio de su embajador en Teherán que el Majlis (Parlamento iraní) rechazase las pretensiones de la URSS, bajo el pretexto de que suponían una amenaza para la integridad iraní. En diciembre de ese año, el Majlis votaba una ley prohibiendo toda concesión sobre los yacimientos a intereses extranjeros mientras durase la ocupación. El redactor fue un vehemente nacionalista que, en los años 50, pondría en peligro los intereses occidentales, Mossadegh.

Esto supuso una contrariedad para los intereses soviéticos; un choque entre la URSS y Gran Bretaña, así como la evidencia de que este país contemplaba con preocupación la presencia rusa en Irán. La reacción soviética no se hizo esperar, denunciando Stalin las intrigas británicas. Las relaciones entre los miembros de la coalición antinazi comenzaban a presentar fisuras.

En esta situación se llegó a la Conferencia de Yalta en febrero de 1945, en la que no se trató claramente de las zonas de influencia fuera de Europa. Sin embargo, los ministros de Asuntos Exteriores si aludieron a la cuestión iraní, lo que dio lugar a que Stalin rechazase, por superflua, una sugerencia de Anthony Eden para reafirmar las intenciones de los Tres Grandes hacia Irán, cumpliendo el calendario de retirada fijado en el tratado de 1942. (6)

En mayo de 1945 finalizó la guerra en Europa con la rendición de Alemania; inmediatamente Irán solicitó la retirada de las tropas aliadas que permanecían en su territorio. Gran Bretaña aceptó las peticiones de Teherán mientras que la URSS rechazó la solicitud alegando que Japón continuaba en guerra. En agosto de 1945, tras la rendición nipona, Stalin recuperó el tratado soviético-iraní de 1921, según el cual la Unión Soviética podía trasladar tropas a Irán si este país pudiera servir de base para ulteriores hostilidades contra territorio soviético. El argumento esgrimido por Stalin para recurrir al citado acuerdo era la proximidad a la frontera de los pozos de petróleo de Bakú, lo que implicaba, a su juicio, quedar a merced de cualquier acción de sabotaje procedente de territorio persa. Esta declaración suponía adoptar una postura de dureza ante Persia y Gran Bretaña que, unido a las cuestiones de Polonia, Rumanía y Alemania, junto a las reivindicaciones sobre Turquía, preludiaba un enfriamiento en las relaciones entre los antiguos aliados. Irán, por tanto, venía a sumarse a otros focos de conflicto entre el Este y el Oeste que conducirían a la guerra fría.

No obstante, la política de mayor intransigencia seguida por el presidente Truman, la utilización de la bomba atómica por los Estados Unidos, así como su voluntad de extender el sistema democrático y capitalista y su influencia política y económica, como demuestra el caso de Italia, contribuyeron en gran medida al enrarecimiento en las relaciones entre Washington y Moscú, quien vio en todos estos acontecimientos una amenaza para su seguridad.

En agosto de 1945 se produce en Tabriz, capital del Azerbaidjan persa, una revuelta protagonizada por el Tudeh local, cuyo objetivo era obtener la autonomía de la región. Los disturbios se extendieron a otras provincias persas, especialmente al Kurdistan. Las tropas iraníes, aunque en un primer momento ven coartada su libertad de acción por las fuerzas armadas soviéticas que ocupan la zona, consiguen sofocar el levantamiento. Este fracaso, sin embargo, tuvo inmediatas consecuencias. El 12 de septiembre de 1945 los líderes kurdos, encabezados por Qadí Muhammad, viajaron a Bakú conducidos por el cónsul soviético en Tabriz. Allí, tras unos días de espera, fueron recibidos por Baghirov, Presidente de la República Socialista Soviética de Azerbaidjan y experto en asuntos del Cáucaso, quien los animó a formar un Partido Democrático del Kurdistan que agrupara a "todos aquellos que estaban oprimidos por el régimen de Teherán". Esta propuesta fue acompañada de una radical descalificación del Tudeh y del Kommala, partido kurdo, a quienes acusó de ineficaces e incluso, a este último, de estar manipulado por los británicos. (7)

Al mismo tiempo que la URSS enviaba nuevos contingentes de tropas a Irán, estimulaba en Azerbaidjan la creación de un Partido Democrático que, al igual que sucedía con el Partido kurdo, debía aglutinar al Tudeh local y a todos los elementos opuestos a Teherán. Los soviéticos llevaban a cabo en ambas zonas una política semejante, creando un frente amplio que rompiese el marco del partido comunista iraní y agrupando a todos aquellos que mantuviesen diferencias con el Gobierno central de Teherán. El objetivo era obtener la secesión de ambas regiones, Kurdistan y Azerbaidjan, solicitada por los representantes de los respectivos Partidos Democráticos que encarnaban el deseo generalizado de sus habitantes, según sus propias manifestaciones.

Mientras, Jaafar Pishevari se convertía en el jefe del nuevo partido de Azerbaidjan, la agitación entre los kurdos de Irán se extendía rápidamente, estimulada por la llegada a la

zona de Mahabad del jeque de los Barzani, Mullah Mustafa, junto con varios cientos de guerreros de su tribu huyendo de la persecución del ejército iraquí. La presencia de Mullah Mustafa, acompañado de miembros del Partido Democrático Iraquí y oficiales kurdos, dotaba al Partido Democrático del Kurdistan de un brazo armado que permitiría la constitución de una república, separada del estado persa y apoyada sin reservas por la URSS.

En noviembre de 1945 se produjo un nuevo levantamiento en Tabriz, siendo ocupados cuarteles e instalaciones de la policía y ejército por elementos del Partido Democrático de Azerbaidjan. La URSS impidió el paso a las fuerzas enviadas por el gobierno de Teherán, al tiempo que equipaba a los azeríes y kurdos con armas y material. Inmediatamente, Irán planteó la cuestión a los Ministros de Asuntos Exteriores de los Tres Grandes, quienes precisamente, en su conferencia de Londres en septiembre, habían acordado la retirada de todas las tropas extranjeras de suelo iraní antes del 2 de marzo de 1946. La URSS no atendió las protestas iraníes, al tiempo que rechazaba una investigación tripartita propuesta por Londres y Washington. Así, mientras Jaafar Pishevari anunciaba en Tabriz la convocatoria de elecciones para una asamblea provincial, y se producían en Azerbaidjan detenciones de funcionarios y terratenientes locales, las relaciones entre la Unión Soviética y Occidente se enrarecían cada vez más por el temor de este último a que se repitiese en Irán lo ocurrido en Europa del Este.

En diciembre de 1945 se proclamó en Tabriz la República Autónoma de Azerbaidjan, dirigida por Jaafar Pishevari, quien fue nombrado presidente por un exiguo parlamento. Al mismo tiempo, en Mahabad, Qadi Muhammad, con el apoyo de Mullah Mustafa y sus soldados equipados con material soviético, se hizo con el poder instaurando la República del Kurdistan. Esta ocupó una estrecha franja de norte a sur, al oeste de Irán, mientras que la República azeri tenía sus límites con los de la provincia persa del mismo nombre. El gobierno de Mahabad inmediatamente reivindicaría territorios pertenecientes a Turquía, Siria e Irak como integrantes de la nación kurda.

Estos acontecimientos estuvieron apoyados y estimulados por la URSS con la intención de crear un estado aliado cerca de sus fronteras; en el caso de la República kurda, o bien, en el caso de Azerbaidjan, lograr su anexión, todo ello con el objetivo de completar el talud de seguridad en su flanco sur. La política de Moscú en Irán respondía también a la necesidad de obtener recursos petrolíferos, para lo cual pensaba conseguir de Teherán la adjudicación de concesiones en la explotación del mineral gracias a la creciente influencia que se podía ejercer en un país debilitado y dividido por la aparición de dos estados, marionetas del poderoso vecino soviético, y a la presencia de tropas extranjeras en su suelo.

Los acontecimientos posteriores reflejaron la pugna entre el expansionismo soviético, la resistencia de Gran Bretaña a perder su calidad de potencia imperial, y la política de líder mundial de Estados Unidos, dispuestos a defender el sistema democrático capitalista y sus intereses económicos y estratégicos con la misma vehemencia con que perseguía la URSS sus objetivos. Entre todos ellos se encontraba Irán, un país dividido entre una masa nacionalista, opuesta tanto a británicos como soviéticos, y una clase dirigente, temerosa de la extensión de la revolución fuera de las provincias del Norte y de la influencia de la Unión Soviética que amenazaba sus intereses políticos y económicos. El rechazo existente hacia Gran Bretaña llevó al joven Sha Mohamed Reza a buscar, y encontrar, en Estados Unidos el respaldo necesario. El anticomunismo y el nacionalismo habían cumplido su papel.

La política llevada a cabo por la URSS, suponía incumplir lo acordado en el tratado con Irán de 1942 y con el espíritu que inspiró las reuniones de los grandes, lo que condujo al

enfrentamiento con Gran Bretaña y Estados Unidos, erigido cada vez más claramente como líder de Occidente.

Los sucesos de Irán provocaron las protestas de Londres y Washington en la Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores de Moscú, así como el temor de Occidente ante el expansionismo soviético que amenazaba una zona estratégica y económica vital.

El Secretario de Estado americano James Byrnes, anunció que apoyaría la protesta iraní en la primera reunión de las Naciones Unidas si los soviéticos no se retiraban del país, siendo secundado por Ernst Bevin, Ministro de Asuntos Exteriores británico. Stalin respondió a las afirmaciones occidentales rechazando toda acusación de anexionismo, justificando la presencia soviética en Irán con el viejo argumento de proteger los campos petrolíferos de Bakú. Según Thomas, en diciembre de 1945 los Estados Unidos comenzaron a preocuparse por la situación de Irán tras recibir los informes enviados por el vicecónsul americano en Tabriz, Robert Rossow.

En enero de 1946 Irán, sin consultar a Gran Bretaña y los Estados Unidos, presentó su caso en las Naciones Unidas, entrando en la agenda de trabajo de la organización; al mismo tiempo, el Majlis retiraba su confianza al primer ministro Hakim, conocido por su anglofilia, siendo sustituido por un anciano político, Ghavan-el-Sultaneh, más grato a los soviéticos. La reacción de la URSS fue protestar por la presencia británica en Grecia, aceptada hasta ese momento gracias a la política de zonas de influencia, tácitamente admitida y deseada por Moscú. Al mismo tiempo, el Kremlin aludió al tratado de 1921 entre Irán y la URSS, en virtud del cual este último país podría mantener tropas en suelo iraní en caso de considerar amenazada su seguridad. Sin embargo, esta postura se combinó con una oferta conciliadora de Vichinski a Bevin, en virtud de la cual le proponía un entendimiento en Irán y los Balcanes a partir de la política de esferas de influencia, lo que fue rechazado por Gran Bretaña. Esto no impidió que se desatase en ciertos círculos americanos, a instancias de Wallace Murray, embajador en Teherán, el temor a un acuerdo entre la URSS y la Gran Bretaña acerca de Irán (8).

Mientras tanto, en la República de Azerbaidjan se llevaba a cabo un proceso de soviétización según los métodos aplicados por la URSS en los países de Europa del Este: detenciones de opositores políticos y terratenientes, dominio absoluto del Partido Democrático como representante de todas las fuerzas nacionales, etc. Todo ello significaba una mayor intervención de la Unión Soviética en los asuntos internos, lo que parecía anunciar propósitos anexionistas. Esta circunstancia aparece más claramente al comprobar lo que sucedía en la República kurda. Al contrario de lo ocurrido en Azerbaidjan, en esta zona no se llevó a cabo una reforma agraria, ni la intervención soviética fue tan intensa; los clérigos tenían una gran influencia y el nacionalismo predominaba sobre cualquier otra ideología. Este menor control soviético permitía a Qadi Muhammad mantener relaciones con el Gobierno de Teherán, pero sin abandonar la tutela de Moscú, quien dejaba una mayor autonomía a los kurdos ya que sus intenciones eran las de fomentar la aparición de un estado aliado, bajo su influjo, sin mayores implicaciones.

Las relaciones entre los gobiernos de Tabriz y Mahabad distaban de ser buenas y, aunque las dos Repúblicas firmaron en abril de 1946 un tratado de amistad, los soviéticos tuvieron que intervenir para evitar que los choques por una zona en disputa alrededor del lago Urmia se repitiesen. Los kurdos rechazaban la preponderancia azeri incluso con mayor vehemencia que la iraní, temiendo pasar de minoría dentro del estado persa, a convertirse en minoría de un estado turco-azeri (9).

Tras estos acontecimientos, la reacción del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas fue recomendar la realización de negociaciones directas entre la URSS e Irán. Mientras se preparaba el viaje a Moscú del primer ministro iraní Ghavan, el 9 de febrero Stalin pronunció

un discurso que fue interpretado como un giro en la política soviética, debido a su tono hostil y al endurecimiento ideológico que suponía resucitar el antagonismo entre capitalismo y socialismo, planteamiento que había desaparecido durante la guerra. Las palabras del dirigente soviético dio lugar a que George F. Kennan, encargado de negocios y máximo responsable de la diplomacia americana en Moscú a la espera de la llegada del nuevo embajador, Walter Bedell Smith, enviase un extenso telegrama a Washington. En él comentaba el discurso de Stalin, a instancias de James Byrnes, sentando las bases de la futura "estrategia de contención" y proporcionando a los Estados Unidos una orientación para su política exterior y las relaciones con la URSS (10). Esta nota tuvo importantes repercusiones en el gobierno americano y en la futura actitud del presidente Truman hacia Moscú.

La tesis de George Kennan partía de la debilidad intrínseca de la URSS, por lo que los Estados Unidos debían aprovechar la flexibilidad política y los efectos de la sociedad soviética para hacerla frente allí donde se detectase un intento de penetración. La URSS, según Kennan, cedía cuando se presentaba una firme resistencia, por lo que era preciso convertir en barreras inexpugnables a los estados que la rodean, aplicando una fuerza que contrarrestase los esfuerzos soviéticos en estos sectores. En cualquier caso, los Estados Unidos debían aplicar una firme política de contención a largo plazo, sin maniobras espectaculares y estériles, empleando todo su poder para obligar a la URSS a llevar a cabo una política de moderación.

Esta postura, expuesta en su forma más acabada en la revista *Foreign Affairs*, en julio de 1947, en un artículo del propio Kennan titulado: "Los orígenes del comportamiento soviético", firmado con el seudónimo de "X", suponía romper con el tradicional aislamiento de la política exterior americana, al tiempo que elevaba a una importancia de primer plano todo lo relacionado con Irán, convertido en uno de los "sectores individualizados" básicos para la contención de la URSS (11).

Mientras el telegrama de George Kennan era analizado en Washington, Ghavan llegaba a Moscú el 19 de febrero para negociar con Stalin siguiendo las recomendaciones del Consejo de Seguridad. Este presentó sus condiciones: autonomía de Azerbaidjan y Kurdistan; concesiones petrolíferas iraníes de acuerdo con las propuestas rusas de 1944 y permanencia del Ejército soviético en el norte, en virtud del tratado de 1921. Ghavan resistió como pudo lo que era un verdadero ultimátum en apariencia, aunque, unos días más tarde, Molotov rebajó las exigencias ofreciendo la retirada de las tropas a cambio de la concesión de autonomía a Azerbaidjan y Kurdistan en ciertos aspectos y, sobre todo, la creación de una sociedad petrolífera mixta irano-soviética, en la que la URSS poseería el 51 por 100. Con estas propuestas quedaba en evidencia la importancia que tenía el petróleo para Moscú, hasta tal punto que se puede afirmar que fue un elemento esencial de la cuestión iraní tanto para la URSS como para británicos y americanos.

La política soviética desde Yalta, caracterizada por las continuas demandas territoriales y la construcción de un talud de seguridad en Europa, culminó con las exigencias sobre Turquía (los estrechos y la zona de Kars y Ardahan) y la actitud hacia Irán. Sin embargo, los Estados Unidos iban a reaccionar mostrando los efectos causados por la política de Moscú y el telegrama de Kennan. Desde este punto de vista puede contemplarse el discurso del Secretario de Estado James Byrnes en Nueva York el 28 de febrero de 1946, con el que inauguraba una política de firmeza. En él se aseguraba que los Estados Unidos no permanecerían indiferentes ante las amenazas que pudiera sufrir un país, rechazando la presencia de tropas extranjeras en otro estado sin su consentimiento, en clara alusión al caso de Irán. Concluía afirmando que los Estados Unidos eran una gran potencia y debían actuar como tal para preservar la paz mundial.

El 2 de marzo se cumplió el plazo para la retirada de las tropas ocupantes de Irán, que fue respetado por Gran Bretaña quien, al tiempo que evacuaba el país, presentaba una nota de protesta a la URSS por incumplir el tratado de 1942. paralelamente, el embajador iraní en Washington solicitaba a James Byrnes que enviase la protesta de Estados Unidos a la URSS, como había hecho Gran Bretaña e iba a hacer el Gobierno de Teherán. El Secretario de Estado apenas tuvo tiempo para dudar, ya que los informes enviados desde Tabriz por el vicecónsul Rossow comunicando movimientos de tropas soviéticas en dirección a Teherán, alarmaron tanto al presidente Truman como al propio Byrnes, inclinando la balanza en favor de una política de firmeza y de apoyo a Irán.

El 5 de marzo se produjo un hecho fundamental en las relaciones Este-Oeste durante la postguerra. El ex primer ministro británico Winston Churchill pronunció en Fulton (Estados Unidos) una conferencia en la que denunciaba públicamente, en presencia de Truman y con gran dureza, la política soviética, utilizando el término "telón de acero" para señalar el límite que dividía la zona controlada por la URSS del "mundo libre". El discurso de Churchill suponía un grado de enfrentamiento desconocido hasta entonces entre la URSS y Occidente. Al día siguiente, Kennan entregó en Moscú la enérgica nota de protesta del Secretario de Estado, James Byrnes, por lo que Stalin no pudo dejar de percibir la importancia que tenían ambos acontecimientos, a sus ojos relacionados, ya que mostraban la firme unión de Occidente frente a la Unión Soviética, sobre todo teniendo en cuenta las reacciones suscitadas por el discurso de Fulton en todo el mundo. Según Hugh Thomas, la conferencia de Churchill y la nota de Byrnes suponían la práctica ruptura de la alianza de los tres grandes y el final de la colaboración entre la URSS y Occidente (12).

Unos meses después de finalizar la Segunda Guerra Mundial, el mundo veía con asombro y temor como aparecía de nuevo el peligro de guerra. La situación se agravó con nuevos informes del vicecónsul Rossow, en los que daba cuenta de la llegada de refuerzos soviéticos a Azerbaidjan mandados por un experimentado jefe del Ejército, seguidos de otros comunicados que, otra vez, sugerían la marcha de las tropas rusas hacia Teherán.

El gobierno iraní y el Sha Mohamed Reza, cada vez más inclinados hacia los Estados Unidos, mostraban al embajador americano su temor por un golpe prosoviético que repitiese lo sucedido en Rumanía y Bulgaria. El diplomático confirmó el total apoyo de Estados Unidos al gobierno iraní, al tiempo que aseguraba la presentación por su país ante el Consejo de Seguridad de la cuestión de la retirada soviética, único camino, a su juicio, para evitar la guerra y que Irán cayese en la órbita de la URSS. Esto provocó la protesta del embajador soviético en Teherán, quien recordó a Ghavan que apelar a las Naciones Unidas suponía una actitud poco amistosa, pero el primer ministro iraní se mostró firme en su decisión de acudir al organismo internacional.

La situación era cada vez más tensa, tanto que Truman reconoció que incluso podía desatarse una guerra con la URSS, al tiempo que los rumores continuaban anunciando el avance ruso y un golpe de estado en Teherán. Una vez más, fue George F. Kennan quien contribuyó a la decisión del gobierno americano de apoyar a Irán, por medio de un telegrama enviado desde Moscú el 17 de marzo, en el que informaba que la URSS pretendía instalar en Teherán un régimen afín (13).

El discurso de Fulton y la degradación de las relaciones entre lo que ya se configuraba como dos bloques, tuvieron sus efectos tanto en Gran Bretaña, donde el ministro de Asuntos Exteriores, Ernest Bevin, manifestó ante el Parlamento que el propósito de Moscú era alcanzar el Océano Indico y obtener el petróleo persa, como en la URSS, donde Pravda declaró el 11 de marzo que la alianza entre Gran Bretaña y Estados Unidos apuntaba contra el estado

soviético y era la causa de la ruptura entre los tres grandes. La afinidad a que aludía el periódico soviético era el fruto evidente de los efectos del discurso de Churchill, ya que los Estados Unidos estaban todavía lejos de aceptar una alianza con Gran Bretaña, llegando incluso a actuar al margen de este país. Así ocurrió cuando Byrnes envió el 6 de marzo a la Unión Soviética la nota de protesta sin comunicar el hecho al Gobierno inglés. Aunque existían numerosos puntos de coincidencia, ambos países todavía no llevaban a cabo una política común frente a la URSS.

El 19 de marzo, Irán presentó en las Naciones Unidas su denuncia contra la Unión Soviética en un comunicado en el que puso de manifiesto el incumplimiento soviético del tratado de 1942, así como la injerencia en los asuntos internos y la amenaza que suponía la presencia de tropas rusas en suelo persa. Poco después, Stalin recibiría un mensaje de Truman por medio del nuevo embajador americano, Walter Bedell Smith, en el sentido de que la permanencia de tropas rusas en Irán después del 2 de marzo ponía en tela de juicio sus buenos propósitos. Todo esto llevó al dirigente ruso a cambiar de tono, como se reveló en una entrevista concedida unos días más tarde en la que, en un matiz más moderado que el empleado por Pravda, afirmaba la inexistencia de peligro de guerra.

Por fin, sorprendentemente, el 26 de marzo el embajador soviético en Teherán anunció la retirada de las tropas soviéticas antes del 9 de mayo, al tiempo que mantenía las exigencias sobre la sociedad mixta irano-soviética y la necesidad de negociar acerca de Azerbaidjan. Era obvio que la URSS temía que el asunto iraní fuese elevado al Consejo de Seguridad, al tiempo que consideraba que había ido demasiado lejos en su postura, por lo que retrocedió en sus requerimientos y abandono a la República kurda de Mahabad a su suerte. No obstante, Ghavan permaneció a un tiempo firme y ambiguo ante las exigencias soviéticas y, de acuerdo con Byrnes, mantuvo el asunto en la agenda del Consejo de Seguridad, a pesar de la insistencia en sentido contrario del representante de la URSS, Andrei Gromyko, lo que provocó su retirada airada del mismo (14).

Al contrario de lo sucedido hasta entonces, el gobierno Moscú se atuvo a los plazos declarados, por lo que en mayo de 1946 las tropas soviéticas abandonaron Irán, dejando a las dos repúblicas sin la protección del Ejército Rojo, única razón que permitía su existencia. Sin embargo, con la retirada soviética no finalizó la inestabilidad en Irán ya que, en el verano, se produjeron en el sur de Irán una serie de disturbios que comenzaron con huelgas en las instalaciones de la Anglo Iranian Oil. Inmediatamente, Ernst Bevin atribuyó al Tudeh la responsabilidad de lo sucedido, enviando una brigada a Basora (Irak), situándola frente a Abadan. Para los iraníes se cernía de nuevo la amenaza de una intervención extranjera, en este caso británica, lo que a sus ojos equiparaba a este país con la URSS; ambas potencias habían ocupado Irán y ambas se resistían a abandonar suelo iraní y renunciar a presiones en favor de sus intereses.

La reacción de Ghavan fue dar entrada en su gobierno a miembros del Tudeh, al tiempo que arrestó a personalidades favorables a la URSS y Gran Bretaña. Este último país respondió instigando un levantamiento en la zona sur contra el gobierno central, con el objeto de conseguir la expulsión de los ministros comunistas. El gobierno de Teherán, con las provincias del norte fuera de su control, con disturbios y levantamientos en el sur, finalizó accediendo a las presiones ejercidas por los británicos con el objeto de pacificar una parte del país, tener las manos libres para recuperar Azerbaidjan y Kurdistan y eliminar el peligro de un golpe comunista. En Irán, el anticomunismo se abrió paso con rapidez, pero sin sustituir del todo en el sentimiento popular el odio al imperialismo británico; esto contribuyó al acercamiento entre Teherán y Washington, el cual, salvo el paréntesis de Mossadegh, duraría casi cuatro décadas.

Tras la expulsión de los ministros del Tudeh del gabinete de Ghavan, Moscú reclamó la ratificación del acuerdo petrolífero, pero el gobierno iraní recordó que las concesiones sobre el crudo sólo las podía autorizar el Majlis, y éste no podía formarse ya que las elecciones no se habían celebrado a causa de la situación existente en las provincias del norte, donde no podían actuar los partidos favorables a Teherán.

En estas circunstancias se llegó al invierno de 1946, momento en que el primer ministro Ghavan decide utilizar el ejército iraní para recuperar Azerbaidjan y Kurdistan. La incógnita residía en cuál iba a ser la reacción de la URSS ante la amenaza que se cernía sobre las dos pequeñas repúblicas. ¿Intervendría en su ayuda con el ejército, interponiéndose entre las tropas iraníes y los azeríes y kurdos? ¿Atacaría a Irán? La respuesta de Moscú fue prácticamente simbólica, limitándose a concentrar fuerzas en la frontera con Azerbaidjan y a advertir a Teherán de su desacuerdo con la medida. Las dos repúblicas, por tanto, fueron abandonadas a su suerte cayendo en manos del ejército iraní en poco tiempo y sin apenas resistencia.

El epílogo fue el alejamiento de la URSS no sólo de Irán, sino de Oriente Medio durante diez años a causa de su fracaso. También supuso el acercamiento de Teherán a Estados Unidos, sobre todo tras el repliegue a lugares de segunda fila de Gran Bretaña, desplazada del liderazgo mundial en la nueva política americana que preconizaba la contención de la Unión Soviética y del comunismo. Los Estados Unidos, seguros de su inmenso poderío gracias al monopolio atómico, se alejaban de las ideas de concordia y acuerdo universal, enfrentándose por vez primera con la URSS a causa de Irán. Al mismo tiempo comenzaba a alterarse la tradicional tendencia de la política exterior americana al aislacionismo, iniciándose su carrera como superpotencia. En Irán, el Tudeh fue suprimido por el gobierno, siendo declarado fuera de la ley en 1949, y el primer ministro Ghavan dimitió, cumplida su misión con habilidad, siendo sustituido por su antecesor. Mientras, Jaafar Pishevari huía a la URSS, donde moría semanas más tarde, seguido al poco tiempo de Mullah Mustafa, quien en un principio se refugió en Irán. Qadi Muhammad, abandonado por todos, fue ejecutado en Teherán en marzo de 1947.

— II —

Los acontecimientos desarrollados en Irán, así como sus repercusiones en las relaciones entre la URSS, Gran Bretaña y Estados Unidos, pusieron de relieve una serie de rasgos que perduraron durante las siguientes décadas.

El objetivo supremo de la política exterior de Moscú era obtener la máxima seguridad para el estado soviético, para lo cual era necesaria la creación de un glacis de seguridad que impidiese una nueva invasión del territorio de la URSS. Esta meta fundamental se completaba con el carácter expansivo del marxismo leninismo, a pesar de que la doctrina vigente de "socialismo en un solo país" moderaba su contenido internacionalista, y con la condición de régimen de "estado de sitio" (15) que poseía el sistema soviético con Stalin, el cual se basaba, para justificar una política de sacrificio y autoritarismo, en la amenaza externa de los estados capitalistas.

Si a estos elementos añadimos el "complejo de vulnerabilidad" de la URSS (16), agravado con la aparición de la bomba atómica americana, y la concepción del inevitable choque entre los dos sistemas, capitalismo y socialismo, que recuperó Stalin después de la victoria sobre Alemania, se iluminan muchos de los actos llevados a cabo por la URSS en los años de la Guerra Fría, época, como dice Raymond Aron, de tensión extrema entre las potencias (17).

La práctica soviética de estos principios fue intentar plasmar en la realidad el reparto de zonas de influencia entre los grandes. Según Fernando Claudín, la doctrina básica de Stalin se podía deducir de su actitud hacia Polonia: cada una de las potencias dispondría a su albedrío de los países que considerase vitales para su seguridad (18). Esta postura, rechazada por Roosevelt, se concretó en el acuerdo de Moscú en octubre de 1944, entre Churchill y Stalin, y que este último tomó en serio sino en su contenido, si, al menos, en su espíritu.

La URSS, con su acción en Irán, intentó completar en su frontera sur el cinturón que debía de aislarla de posteriores agresiones, al tiempo que obtener recursos petrolíferos esenciales para llevar a cabo su reconstrucción. Este último punto tuvo una importancia decisiva en la decisión de la URSS, ya que los planes económicos soviéticos de la postguerra requerían, para cumplir sus altas cifras de producción, recursos de todo tipo, especialmente energéticos, sobre todo teniendo en cuenta que la producción petrolífera de la URSS en 1945 había descendido a cifras muy por debajo de las obtenidas en 1939.

En Irán, Stalin partía de la realidad que suponía la ocupación soviética en el norte, estimando que sería reconocida por los aliados como un área de influencia propia, al igual que había sucedido con las zonas de Europa ocupadas por el Ejército soviético. Esta idea, basada tanto en la política de repartición en esferas de influencia como en los hechos consumados, se veía por parte soviética como una consecuencia lógica de los acontecimientos y de los acuerdos con Occidente. Todo ello contribuyó a favorecer la maniobra destinada a crear las dos repúblicas autónomas y a demorar la retirada de sus tropas, aun a riesgo de provocar un enfrentamiento con Gran Bretaña.

A esta decisión cooperó la debilitada situación británica, cada vez más alejada de las dos futuras superpotencias e incapaz de defender sus propios intereses imperiales, como se pondría de manifiesto poco después al declinar sus responsabilidades en Grecia en favor de Estados Unidos. El dirigente soviético no podía ignorar que su rival era un país que había salido de la guerra quebrantado económicamente y habiendo perdido su carácter de grande. Además, en 1945, las relaciones de Gran Bretaña y Estados Unidos, siendo estrechas, distaban ser una comunión de intereses, ya que Washington veía con malos ojos la política imperial británica. También el aparente "espléndido aislamiento" seguido por Estados Unidos en su política exterior, estimuló el envite de Moscú en un área que apenas se había tratado en Yalta y que, por tanto, era susceptible de sufrir alteraciones en su dominio.

La actitud soviética en Irán fue uno de los primeros ejemplos de "política al borde de la guerra" practicada por Moscú en sus relaciones con Occidente desde 1945, aunque en este caso Stalin fuera más allá al calcular que la reacción de Estados Unidos y Gran Bretaña sería débil por no tener Persia una importancia comparable a Europa. Las tensiones entre la URSS y Gran Bretaña dejaron paso a una decidida actitud de Estados Unidos y de Irán frente a las pretensiones y los hechos alentados por la URSS, lo que reveló un error de cálculo de Stalin, quien no esperó encontrarse una reacción tan firme y decidida por parte de sus todavía aliados.

Sin embargo, en Oriente Medio, ni la URSS ni Estados Unidos tenían definida su política al suponer que era un área de influencia británica. Para Gran Bretaña, Irán representaba importantes intereses petrolíferos y una escala fundamental en la ruta imperial que llevaba de la metrópoli a la India, por lo que Estados Unidos consideraba era responsabilidad inglesa, como ocurría en Grecia, mantener el país bajo control occidental.

La presencia de la URSS en Irán, como hemos visto anteriormente, preocupaba a Gran Bretaña desde 1944 en que los soviéticos formularon sus exigencias sobre concesiones

petrolíferas. Este temor británico estaba también sustentado por los tradicionales roces mantenidos con la Rusia zarista, al coincidir el área de expansión de ambas potencias, hasta su solución con el tratado de 1907. En Londres, desde antes de finalizar la Segunda Guerra Mundial, se renovó el temor por el expansionismo de la URSS, recuperándose la idea que fijaba el objetivo de Stalin en Oriente Medio, como anteriormente sucedió con los zares, en alcanzar el Océano Índico.

La importancia estratégica y económica de Irán para Londres dio lugar a su firme oposición a todo lo que implicase una posible penetración de la URSS en la explotación del crudo o una extensión de su influencia en el país. Esta voluntad chocaba con la decisión de Moscú en sentido contrario y con el escaso entusiasmo que suscitaba Gran Bretaña en Irán al ser una potencia colonial y ocupante. La debilidad política, diplomática y militar de Londres se puso de manifiesto al expirar el plazo de retirada de las tropas aliadas y ser incapaz de conseguir que la Unión Soviética cumpliera lo establecido por ambos países, al tiempo que poseía un escaso control de los acontecimientos en Teherán. Stalin, aparentemente, no encontraba oposición para llevar a cabo la anexión de Azerbaiján, tras su proclamación como República, y crear un Estado aliado por medio de la República kurda de Mahabad, rompiendo de esta forma el monopolio británico en la región.

El levantamiento protagonizado en Tabriz por los comunistas azeríes, y los acontecimientos del Kurdistán persa, alarmaron a Estados Unidos, quien comenzó a apoyar la decidida actitud del Gobierno de Teherán de protestar por la presencia soviética y su injerencia en los asuntos internos del país. Byrnes, poco a poco, fue tomando la decisión de oponerse a los proyectos de la URSS en Irán gracias a los informes del representante americano en Tabriz, Robert Rossow, y al telegrama de Kennan, quien consiguió que el Departamento de Estado aceptase su tesis de considerar a Irán como uno de los "frentes de contención" de la URSS. La paulatina sustitución de Gran Bretaña como potencia mundial por Estados Unidos, se comenzó a producir en Irán, precisamente una zona tradicionalmente considerada de influencia británica. Washington, impulsado por la evidente debilidad inglesa y por el temor a un acuerdo entre Moscú y Londres, que implicase la repartición del país y la vuelta a la política tradicional de dominios compartidos, decidió apoyar sin reservas al Gobierno de Teherán, desde el momento en que éste adoptó claramente la actitud de oponerse a los propósitos soviéticos con todos los medios a su alcance. Los intereses americanos que justificaban el respaldo a Irán se derivaban de su inequívoca marcha hacia el liderazgo mundial y de las inversiones petrolíferas que la Texaco y la Standard Oil tenían en Oriente medio, zona considerada vital, estratégica y económicamente, por Washington.

La intervención de Estados Unidos en la crisis iraní representó un progresivo enfrentamiento con la URSS, que inauguró el comienzo de una serie de choques que desembocarían en la guerra fría, así como prescindir de Gran Bretaña en las decisiones de política exterior. La actitud de Byrnes en su discurso del 28 de febrero de 1946, en el que dejaba claro el rechazo de la presencia de tropas extranjeras en otro país sin su consentimiento, así como la advertencia de que los Estados Unidos no permanecerían indiferentes si esto ocurría, no sólo estaba dirigida a la URSS, sino también a Gran Bretaña, de quien temía unas veleidades colonialistas de tinte decimonónico que no casaban con los nuevos principios que debían regir el sistema internacional, nacido con las Naciones Unidas, ni con la actitud de líder mundial adoptada por Estados Unidos. Los sucesos de Irán muestran, por tanto, lo que iba a ser la futura política de bloques, protagonizada en exclusiva por las dos superpotencias, y caracterizada por una falta de comunicación que llevó al mundo al borde de la guerra.

La retirada soviética en mayo de 1946 y su pasividad en los últimos acontecimientos, revelan una claudicación ante lo que había sido un evidente error de apreciación de Stalin. La reacción de Irán y de los Estados Unidos superó lo esperado por el líder soviético. En efecto, el claro apoyo recibido por Teherán de Washington, la presión de Gran Bretaña y Estados Unidos ejercida en las Naciones Unidas y la impresión de la solidaridad existente en Occidente ante la URSS, que se desprendía del discurso de Churchill en Fulton, decidieron, según Adam B. Ullam (19), la retirada soviética, dejando abandonados a su suerte a los comunistas de Azerbaidjan y a los nacionalistas del Kurdistan.

Para Stalin, la seguridad de la URSS estaba por encima de cualquier otra consideración, de ahí que se retirase de todo aquello que pudiera suponer una amenaza e ignorase los movimientos revolucionarios autónomos, como los de Grecia y China, desatados sin el consentimiento de Moscú. Hay que tener en cuenta que, desde el punto de vista soviético, lo fundamental era obtener el reconocimiento del cinturón protector europeo por Occidente; el resto era secundario.

La crisis iraní fue la primera de la postguerra que rebasó el marco de las reuniones de los tres grandes al ser tratada en el seno de las Naciones Unidas, al tiempo que superó el ámbito europeo, inaugurando una serie de conflictos periféricos que se iban a suceder desde entonces, como los de Vietnam, China y Corea. Igualmente, fue el primer fracaso de la URSS en su política expansionista destinada a crear una línea de estados tapón, lo que contrastaba con los éxitos obtenidos en Europa hasta ese momento. Al mismo tiempo, fue la única pugna entre Oriente y Occidente que se resolvió por medios diplomáticos, siendo Irán el único país, junto con Austria, dividido en zonas de ocupación tras finalizar la Segunda Guerra Mundial, en el que no se consagró la partición efectuada durante el conflicto.

El anticomunismo de postguerra, que se abría paso con rapidez en Occidente, tuvo sus primeros reflejos en Irán, ya que, antes de ocurrir en Francia e Italia, los ministros del Tudeh fueron separados del Gobierno, llegando más tarde el partido comunista iraní a ser declarado fuera de la ley. Esta reacción, junto con la tradicional incomprensión entre socialismo e Islam, dio lugar al alejamiento de la URSS de Oriente Medio durante más de diez años. El hueco dejado no lo cubrió Gran Bretaña, débil y desprestigiada por su actitud durante la Segunda Guerra Mundial como potencia ocupante y colonial, sino por Estados Unidos, líder indiscutido de Occidente, dispuesto a desempeñar el papel de superpotencia en la nueva política de bloques y a defender sus intereses económicos y políticos en todo el globo.

N O T A S

- (1) "La Segunda Guerra Mundial en Irak". Fernando Castllo. Historia 16, número 147. 1988.
- (2) "Middle East", de Elizabeth Monroe en "The Cold War. A reappraisal". London 1964.
- (3) "Paz Armada. Los comienzos de la guerra fría (1945-46)". Hugh Thomas. Barcelona, 1988, pág. 413.
- (4) "Communism and Nationalism in the Middle East". Walter Z. Laqueur. London 1956, pág. 225.
- (5) "Middle East Oil". George W. Stocking. New York, 1970.
- (6) "Histoire de la guerre froide". Vol. 1. "De la Révolution d'octobre a la guerre de Corée 1917-1950". Andre Fontaine. París, 1983, pág. 332.
- (7) Walter Z. Laqueur. op. cit. En lo referente a la República de Mahabad y al movimiento kurdo, Laqueur sigue a Archibald Roosevelt Jr., autor del trabajo "The Kurdish Republic of Mahabad", publicado en Middle East Journal, en julio de 1947. Este americano fue uno de los pocos occidentales que visitó la república kurda durante sus pocos meses de vida.
- (8) Hugh Thomas. op. cit. pág. 416.
- (9) Walter Z. Laqueur. op. cit. pág. 230.
- (10) "Strategies of Containment". John Lewis Gaddis. New York, 1982. págs. 19 y ss.
- (11) Política Exterior, número 3, verano 1987. "Los orígenes del comportamiento soviético". La estrategia de contención elaborada por George Kennan, a pesar de ser aceptada por el Gobierno de Washington, no dejó de sufrir ciertas críticas por personalidades como Walter Lippmann quien, en un artículo publicado en 1947 bajo el título "La Guerra Fría", llamaba la atención acerca de la dudosa debilidad soviética y de lo improbable de su derrumbamiento aplicando la contención, al tiempo que recordaba que los recursos de Estados Unidos no eran ilimitados.
- (12) Hugh Thomas, op. cit. cap. 22.
- (13) Hugh Thomas, op. cit. páginas 530 y ss.
- (14) "La causa de la paz". Trygve Lie. Barcelona, 1957, págs. 87 y ss.
- (15) "Europa después de Hitler". Walter Laqueur. Barcelona, 1985, pág. 150.
- (16) "Las relaciones soviético-americanas y los orígenes de la guerra fría". Florentino Portero. Revista de Occidente núm. 57. 1986.
- (17) "La República Imperial". Raymond Aron. Madrid, 1976, pág. 48.
- (18) "La crisis del movimiento comunista". Fernando Claudín. París, 1970, págs. 387 y ss.
- (19) "The Rivals. America and Russia since World War II". Adam B. Ulam. New York, 1974. Citado por Raymond Aron en "La República Imperial". Madrid, 1976, página 79.